

logío de la V. del Carmen, O. C. D. que analiza la situación de un siglo tan poco "espiritual" como el XVIII; pero que parece algo desplazado en el encabezamiento de un tratado que ha de englobar también al profundo siglo XVII. El análisis detallado de la producción literaria de ambas centurias lo hace el mismo autor a través de 150 páginas de apretado texto: Es una monografía de excelente calidad que recorre en todos los sentidos la tupida selva de tantos títulos y autores de aquellas épocas, con especial referencia al proceso de racionalización de la mística —la teología de Juan de Santo Tomás— y al fenómeno del "quietismo" centrado en la figura de Molinos; y que deliberadamente deja de lado la espiritualidad francesa del siglo XVII, por ser objeto de un apartado distinto, confiado a otro autor: al francés A. Dodin. La lástima es que tan importante tema queda despachado en siete páginas, —de lamentable texto castellano— en las que apenas si cabe una leve panorámica carente de detalles: así figuras de la talla de Bérulle, Pascal, San Francisco de Sales y tantas otras, movimientos como el del Oratorio o el de Port-Royal... y casi todo lo que afecta al "grand siècle des âmes" queda prácticamente sin ser tratado. Y esto es una grave laguna.

Los dos últimos siglos de nuestra historia se estudian en los capítulos: "Espiritualidad romántica" y "E. contemporánea" (págs. 445-642). hay que destacar los análisis dedicados, por F. Martín Hernández, a la situación de la Iglesia en el siglo XIX, y por Joaquín Gomis a las corrientes de la espiritualidad actual. Los demás apartados resultan demasiado esquemáticos, aunque ricos en datos: José María Piñero, ofrece sendas estadísticas del desarrollo de los Institutos Religiosos en cada una de estas dos centurias, y añade un interesante examen de la textura, un tanto indecisa aún, de los Institutos Seculares. La literatura espiritual del siglo XIX aparece catalogada por el P. José M.ª de la Cruz, Moliner, O. C. D. en breves páginas de somero comentario.

Se cierra el volumen con un ensayo, a manera de epílogo, obra de D. Baldomero Jiménez-Duque: una síntesis clara y sólida de lo que supone la idea cristiana de santidad y de su proyección fáctica en la vida de la Iglesia.

En su conjunto el volumen encierra una serie de trabajos, valiosos los más de ellos, acerca de casi todos los aspectos de la espiritualidad católica moderna. Pero para ser una completa historia de este tema hubiera requerido una mayor coherencia y equilibrio entre cada una de las diferentes aportaciones.

JUAN A. PANIAGUA

HILDA GRAEF, *Historia de la mística*, Herder, Barcelona, 1970.

Este libro no pretende ser un estudio exhaustivo de la mística, ni de su historia. Su misma dimensión —347 páginas—, es buena muestra de ello. La Autora quiere "ofrecer a los profanos una introducción en este tema fascinador, no emprender un análisis de la mística y los místicos

dirigido a expertos" (pg. 9). Dicha introducción viene elaborada, fundamentalmente, al hilo de la historia de los místicos más destacados y presentada conforme al esquema clásico: biografía y breve resumen de la doctrina de cada uno.

Es evidente que se ha impuesto una doble selección: selección en cuanto a los autores presentados y selección en cuanto a los datos que sobre cada uno de ellos se aportan. Ambas limitaciones están obviadas, sin embargo, por el especial tino con que se ha llevado a cabo esta doble selección y por la agilidad y gracia con que el libro está escrito. Se recoge en él la historia de toda la mística, incluyendo la no cristiana, ya que "es indudable que existe una verdadera mística fuera del cristianismo, o, por lo menos, la aspiración hacia una genuina experiencia mística" (pg. 11).

El primer capítulo, "breve ojeada sobre la mística no cristiana" está dedicado al chamanismo, hinduismo, budismo, neoplatonismo, mística sufi y elementos místicos existentes en el judaísmo. Las descripciones son breves y certeras, diríamos que hechas con autoridad. Un criterio se repite constantemente a lo largo de estas páginas: existe una diferencia esencial entre la mística de las religiones monoteístas y la de las otras religiones. "La mística de estas religiones tiene como base la idea de una esencial unidad de todos los seres y la negación absoluta de toda separación entre ellos, y, por lo tanto, la meta de la vía mística no es la unión con el Otro, sino la inmersión en el Uno, con la consiguiente pérdida de la identidad personal" (pg. 20). En cambio, "lo que distingue a la mística sufi, lo mismo que a la judía y a la cristiana, de las escuelas místicas de la India es su insistencia en el amor" (pg. 23), ya que Dios es concebido como personal y trascendente.

El capítulo segundo está dedicado a la mística en el Nuevo Testamento, y se centra exclusivamente en el estudio de tres personajes: San Pablo, San Juan Evangelista y San Esteban. A lo largo de este capítulo, la Autora pone de relieve con insistencia la radical diferencia existente entre la mística cristiana y las demás, ya que "la experiencia mística en una religión que tiene como base la encarnación ha de ser fundamentalmente diferente de cualquier otra, porque está íntimamente unida a un hecho histórico, a algo que realmente ha sucedido en este mundo del espacio y el tiempo" (pg. 39). Dos rasgos más son subrayados como inherentes a toda mística cristiana: Al ser Cristo perfecto hombre, sujeto a emociones, la finalidad del místico cristiano no puede estribar en hacerse insensible; al haber fundado Cristo su propia comunidad, la Iglesia, la mística cristiana no puede consistir en "el vuelo del solo hacia el Solo, aunque algunos de los místicos se sientan llamados a la vida eremítica" (pg. 40).

En el capítulo tercero, "la era de los mártires", la atención está centrada en la mística del martirio en la primitiva comunidad cristiana, terminando con el estudio de Clemente de Alejandria y Orígenes. A partir del capítulo cuarto y hasta el final, la Autora se ciñe mucho más al estudio de cada autor. A lo largo de diez capítulos son presentados el Pseudo Macario y Evagrio Pónico, Gregorio de Nisa, Casiano y San

Agustín; Máximo el Confesor, Juan Clímaco y Simeón el Nuevo Teólogo; San Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry y los victorinos; Hildegarde de Bingen, Matilde de Magdeburgo y Santa Gertrudis; Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Raimundo Lulio y Angela de Foligno; Eckhard, Juan Taulero, Enrique de Suso y Ruysbroeck; Sta. Catalina de Siena, los místicos ingleses, Juan Gerson, Dionisio el Cartujano y Sta. Catalina de Génova; San Ignacio de Loyola, San Alfonso Rodríguez, Sta. Teresa de Avila y San Juan de la Cruz; San Francisco de Sales, Luis Lallemant y Sta. Margarita María, terminando con un fino análisis de las controversias quietistas.

La mística de las iglesias orientales viene resumida en seis páginas, dedicadas a Gregorio Pálamas y el hesicazgo, y la de los protestantes es expuesta sólo en cuatro páginas, en las que estudia exclusivamente a Lutero y Calvino, afirmando que "la teología de los reformadores, Lutero y Calvino, era fundamentalmente enemiga del desarrollo de la mística genuina, aunque algunas veces se hicieran sentir tendencias místicas" (pg. 281).

En el último capítulo, la Autora aborda el estudio de la mística en los tiempos modernos, presentando brevemente al Cura de Ars, Sta. Teresita del Niño Jesús, Sor Isabel de la Trinidad, Charles de Foucauld, algunos laicos como Contardo Ferrini, Jerónimo Jaegen, Isabel Leseur y terminando con una alusión al P. Kolbe. En este capítulo repite una vez y otra que los fenómenos externos, los éxtasis espectaculares, son raros y no son los aspectos más importantes del verdadero misticismo, que "lo que constituye el misticismo en sentido cristiano es la unión experimentada con Dios en lo profundo del alma, y esta unión es posible tanto en el mundo como en el claustro" (pg. 346).

Esta historia de la mística tiene una primera limitación ya aludida: la selección, siempre discutible, de autores presentados y el reducido espacio dedicado a cada uno. Es notable, por ejemplo, la ausencia de San Francisco de Asís. Goza, en cambio, de una gran coherencia, fruto del propósito, siempre presente, de introducir al lector profano en el conocimiento de la mística al desgranar su historia. La Autora muestra no sólo un conocimiento directo de los autores presentados, sino también una reflexión personal que en muchos casos le permite hacer observaciones personales siempre serias y no carentes de agudeza.

Se deja sentir la ausencia de unas páginas dedicadas a exponer las cuestiones elementales en torno a la mística, su naturaleza, etc., que permitan al lector hacerse cargo de las características del objeto cuya historia tiene entre las manos y, también, de los criterios que se han utilizado para incluir a un determinado personaje entre los místicos. Se sale al paso a este inconveniente, sin obviarlo totalmente, con una serie de criterios teológicos y ascéticos que se van dejando caer con el correr de las páginas y que nos han parecido siempre acertados y oportunos. La Autora tiene madurez para ello, contando en su haber con muchas publicaciones de carácter teológico. Baste citar su libro *María, La mariología y el culto mariano a través de la historia*, Herder, 1963, y recordar que colabora en la edición del *Lexicon of Patristic Greek* de la Universidad de Oxford.

La bibliografía aducida, tan importante en una obra así, ya que facilita al lector el camino para profundizar en el tema que le interese, es, a nuestro entender, muy deficiente. Son muy escasas las obras generales citadas, falta la indicación de la mayor parte de las obras de los autores mencionados, p. e., Padres Apostólicos, San Ignacio de Loyola y San Agustín, y, en algunos casos, las obras son citadas en su edición inglesa, aunque no sea la original ni la más asequible. Así sucede, p. e., con las obras del P. Garrigou-Lagrange.

L. F. MATEO-SECO

FERNANDO SÁNCHEZ ARJONA HALCÓN, *La Certeza de la esperanza cristiana en los teólogos de la Escuela de Salamanca. Aportación histórica para un diálogo doctrinal entre el Catolicismo y la Reforma*, Roma, Iglesia Nacional Española, 1969, XIX + 262 pp.

El Prof. Sánchez-Arjona Halcón —colega nuestro en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra— realiza en este libro —como indica su título— una investigación de teología histórica en torno a la llamada Escuela de Salamanca. En una dimensión genérica, el trabajo viene a sumarse a la línea científica marcada por otros teólogos españoles (piénsese en C. Pozo, Ibáñez Arana). La monografía de Sánchez-Arjona enriquece así el conocimiento —todavía insuficiente— de un momento teológico español que ofrece el mayor interés.

Los límites cronológicos en que se mueve el análisis llevado a cabo por el A. son los años 1526-1577. En el primero de esos años, comienza Francisco de Vitoria su magisterio salmantino; en el segundo, publica Bartolomé Medina su comentario a la I-II de Tomás de Aquino. El período histórico comprendido entre esas fechas es de una importancia patente. En 1521, Lutero era oficialmente excomulgado. Entre 1545 y 1563 despliega su actividad el Concilio Tridentino. En 1576 —después de un largo y patético proceso— se comunica a Bartolomé de Carranza la sentencia en que se le considera *vehementer suspectus* de herejía. El ambiente en que se enmarcan estos sucesos es apasionante: lo es en sí mismo y, también, por los elementos de juicio que aporta para una valorización de nuestra circunstancia teológica contemporánea. Al A. no se oculta el interés de estos extremos: por el contrario, con fina sutileza, pone de manifiesto constantemente cómo los teólogos salmantinos “dialogan” con los iniciadores de la Reforma y, de manera explícita, afirma: “nuestra intención es presentar el diálogo real e histórico (no el meramente posible y a distancia de siglos) entablado entre los comentaristas de Santo Tomás y los reformadores del siglo xvi sobre la certeza personal de la salvación” (pg. 8). Por otra parte, entiende que “estos comentaristas de Santo Tomás pueden aportar algo al diálogo ecuménico de nuestros días” (pg. 254).

Una lectura detenida del libro de Sánchez Arjona ilumina, a mi modo de ver, varios aspectos teológicos, todos ellos interesantes. En primer término a) la transmisión y evolución vivas de la tradición tomista en